
UN EJEMPLO DE LA EDUCACIÓN METODISTA EN MÉXICO: LOS PRIMEROS AÑOS

GONZALO ÁQUILES SERNA ALCÁNTARA

RESUMEN:

Este trabajo describe el surgimiento de la educación impartida por la Iglesia Metodista en Pachuca, a través del *Colegio Hijas de Allende*, fundado en 1874 y que cerró sus puertas casi cien años después. Asimismo, realiza una discusión de los factores que intervinieron para que alcanzara popularidad y renombre y se analiza brevemente su propuesta pedagógica.

PALABRAS CLAVE: Colegio Hijas de Allende de Pachuca. Educación Metodista. Liberalismo en la educación mexicana.

INTRODUCCIÓN

La ciudad de Pachuca, en el estado de Hidalgo, México, se ha caracterizado por su tolerancia religiosa. Los conflictos entre las distintas iglesias y denominaciones han sido prácticamente inexistentes. Esta particularidad de la sociedad local ha sido poco estudiada. Como ejemplo, podemos mencionar que la mayoría de los habitantes de nuestra ciudad desconoce que la existencia, desde la época virreinal, de una pequeña comunidad judía que a sus costumbres integraron idioma y tradiciones locales pero conservando su fe e insólitamente, conviviendo sin problemas con sus vecinos o autoridades.

Derivados de la Reforma Protestante del siglo XVI, se originaron grandes movimientos religiosos: el luteranismo, el calvinismo, y el anglicanismo. Dentro de éste último, surgieron diversos enfoques. John Wesley, estudiante de la Universidad de Oxford, inició el que se conocería como “Metodismo” por proponer que toda tarea y actividad deberían realizarse bajo una estricta

organización. La característica principal del Metodismo era y continua siendo, la Evangelización, apuntalada por el testimonio de vida de los fieles; y la obra social, en apoyo a quienes tienen necesidades o carencias. Una de éstas, según los metodistas, es la falta de instrucción. Wesley mismo, indujo la alfabetización y la cultura como compromiso de los miembros de la Iglesia metodista.

Los estudiosos del tema indican que a partir de la segunda década del siglo XIX y seguramente por la presencia de numerosos directivos y técnicos mineros de origen inglés, llegaron a Pachuca diversas ramas religiosas protestantes, entre ellas la Metodista. Para 1826, en Real del Monte existía ya una congregación, dirigida por David Robert (Manzano citado por Rublúo: 2006, 11).

La industria que más progresó, en la región de Pachuca, fue la de extracción de metales; su avance fue tal que llegó a significar la principal entrada económica que recibía el gobierno estatal. Para 1904 se decía que del cobro de impuestos a las industrias mineras se obtenía el 80% del presupuesto total del Estado (Manzano, citado por Monroy: 2001, 14).

La bonanza ocasionó que el distrito minero de Pachuca-Real del Monte fuera un polo de atracción para quienes requerían de un empleo “...se contrataba a un sinnúmero de personas que llegaban de diferentes rumbos de la entidad, y de otras regiones del país” (Monroy, ob.cit.: 14). Nosotros deducimos que a esos trabajadores se sumaron los comerciantes y proveedores de todo tipo de servicios, conformando una población caracterizada por la heterogeneidad de los antecedentes personales y culturales de sus miembros.

Los primeros misioneros y directivos digamos “oficiales” de la Iglesia Metodista, arribaron a nuestro país en 1872, aprovechando la apertura derivada de la aplicación de las Leyes de Reforma. Consideramos que su rápida aceptación entre un sector de la sociedad se debió a sus fundamentos, coincidentes en gran medida con el ideal central liberal pues el Metodismo privilegia el uso de la razón como fundamento de la Fe. Este pensamiento coincidió con la efervescencia de la Reforma juarista y de las ideas del positivismo, proveniente de Europa. Para esos años, el conservadurismo

católico y sus representantes, encabezados por su jerarquía, sufrían la consecuencia de su permanente oposición al Estado, su apoyo al bando conservador y a la invasión francesa, atrayendo la animadversión de buena parte de la población.

Consideramos que además de proclamar una fe cristiana sencilla y participativa a través de normas simples y precisas, el compromiso mostrado por la Iglesia Metodista a favor de la acción social, también atrajo la simpatía de la incipiente clase media de empleados, técnicos y de los artesanos, El metodismo conformó rápidamente un movimiento mutualista que ya en 1875 había establecido cajas de ahorro y escuelas que rápidamente consiguieron popularidad, funcionando en un inicio, anexas a sus templos.

Pocos años después, funcionaban varias instituciones educativas de origen metodista en nuestro país. Entre otras podemos anotar: el *Colegio Sara Alarcón*, en la ciudad de México; el *Instituto Mexicano Madero*, en Puebla; el *Colegio Elliot* de Torreón, el *Colegio Palmore* de Chihuahua; el *Colegio Laurens* de Monterrey y los *Colegios Julián Villagrán e Hijas de Allende* de Pachuca (Sánchez A., 2002: 5).

DESARROLLO

En febrero de 1874, llegaron a nuestro país las señoritas Susana Warner y Mary Hastings, para impulsar la obra educativa metodista. La profesora Warner se trasladó a Pachuca e inició la instrucción de un grupo de 11 niños. Las clases se impartían en los altos del negocio “Maquívar y Compañía”, en el Portal Constitución y frente a la entonces sede del Palacio de Gobierno Estatal. El año siguiente, la señorita Mary Hastings sustituyó a profesora Warner y formalizó lo que sería una escuela para niñas. Por su parte, el profesor Ciro Paul quedó encargado del grupo de los niños varones, antecedente del *Colegio Julián Villagrán*, que aún existe (Velasco, 1978: 5).

Para 1890, la escuelita de niñas se había convertido en el *Colegio Hijas de Allende*, instalado en la primera calle de Allende, y ya era considerada una de las mejores escuelas del estado de Hidalgo. Contaba con Jardín de Niños, el

primero en funcionar en Pachuca y el Estado; primaria elemental y superior así como una Escuela Normal para profesoras, que pronto contó con gran prestigio pues sus egresadas encontraban fácil acomodo en escuelas públicas y privadas del estado y del país. Al fallecimiento de la profesora Hastings, la sucedió como directora del Colegio, la señorita Altagracia Ortiz (Vargas, 1941: 5-6).

¿Qué de extraordinario tenía entonces que las mujeres acudieran a la escuela? En esa época, fuera del hogar, las mujeres de clase baja no tenían más opción que ser sirvientas y otras, costureras que cosían a destajo y muy mal remuneradas (40 centavos por trabajar 12 horas diarias), ropa de munición (del ejército). Las de clase alta, que disponían de todo el tiempo posible, ocupaban su ocio en paseos, visitas, asistencia a bailes y teatros, y en ocasiones en obras de beneficencia (Bazant, 1993: 119)

Pero la lenta pero constante modernización del país, cambió la visión acerca del papel que debían desempeñar las mujeres. Precisamente el Colegio Hijas de Allende, como otros semejantes, surgió por el ideal de formar a las mujeres en conocimientos más allá de los necesarios para las labores domésticas. La educación femenina logró conquistar los espacios entonces disponibles: las normales y los cursos de comercio que proporcionaban a las jovencitas los instrumentos para incorporarse dignamente a la vida nacional (Rublúo, ob.cit.: 175).

Como parte de la acción social propia de la Iglesia metodista, para 1890 fue establecida una Escuela Nocturna para Obreros de carácter gratuito.

Entre 1913 y 1918 el Colegio, ahora dirigido por las profesoras Elena Hewitt y Blanca Betz, contaba con mil alumnas. La tercera parte, cursando el jardín de niños, bajo la dirección de la profesora Lugarda Chagoyán. (Vargas: s/f, 17) Esta cifra, en una ciudad como Pachuca, que en ese momento tenía menos de treinta mil habitantes, resulta asombrosa y da cuenta de la reputación de la Institución. También, con la finalidad de corresponsabilizarlos en la educación de los alumnos y colaborar con los objetivos del Colegio, se fundó la Sociedad de Padres de Familia, primera en funcionar en el estado de Hidalgo. Derivada

de la acción social metodista se conformó con los alumnos y padres, una Caja de Ahorros y una Sociedad de Temperancia, encaminada a luchar contra el alcoholismo, que hacía estragos entre la población pachuqueña. En 1930, se creó un Curso Comercial, dirigido por la profesora Guadalupe Guzmán de Gómez, como respuesta a la demanda de los bancos y otros negocios por contar con empleadas preparadas y eficientes.

Además de las ya mencionadas, fungieron como directoras del Colegio: Natalia García Bravo, Catarina Kaiser, Clara M. Hill, Erastine Gilmore, Matilde Hoeck y Manuela A. Vargas quien asumiría la Dirección del Colegio, alrededor de 1930, y lo conduciría hasta la década de los sesenta, dejando, por su tesón, profesionalismo y calidad humana, una huella imborrable en los alumnos y la comunidad pachuqueña. La vida y obra de la maestra Manuela A. Vargas merece, sin lugar a dudas, un trabajo de investigación específico y acucioso.

En relación al contexto en que se desarrollaron los primeros años del Colegio Hijas de Allende, cabe señalar que la preocupación por la educación de las mayorías de nuestro país, se dio prácticamente hasta final del porfiriato. Los obstáculos consistían en la necesidad de trabajo de los niños, la desnutrición de éstos, la lejanía de la escuela, carencia de maestros e impreparación de los mismos, arbitrariedad de los patrones de las fabricas o de los mayordomos en las haciendas que impedían a los niños de las clases marginadas y aún de la clase trabajadora, conformada por artesanos y empleados de la industria, el gobierno y el comercio; el acceso a la educación. Los indígenas sumaban a su pobreza, el desconocimiento del español (Meneses et al, 1998: 781).

Para agudizar el problema, la Ley de Instrucción Pública de 1877 condicionaba la apertura de escuelas al cumplimiento de estrictos requisitos, impidiendo a poblaciones pequeñas o pobres abrir planteles. Cuando lo lograban y debido a lo magro de sus recursos, la autoridad educativa le asignaba un rango que incrementaba la inequidad: escuela de primera, segunda o tercera clase.

En contraste, la Iglesia metodista procuraba abrir rápidamente una escuela adjunta a sus templos. Por mandato de su fundador, John Wesley, los fieles

debían no sólo leer asiduamente la Biblia sino otros libros útiles, *al menos cinco horas al día* (Báez, citado por Rublúo, op.cit: 170). De esta manera, aun los metodistas más pobres se convertían en asiduos lectores. Y asumían como deber la educación de sus hijos. Cabe preguntarse si la clave de la expansión y popularidad de las escuelas protestantes en el estado de Hidalgo, se debió, a diferencia de la decisión oficial, en el trato igualitario y democrático, la calidad de sus maestros, muchos de ellos extranjeros y profesionales de la educación y a su talante laico pero no antirreligioso.

Bastien, citado por Torres (1997: 77) menciona que para 1908, en el estado de Hidalgo las distintas denominaciones protestantes, entre ellas la metodista, tenían funcionando 22 escuelas con 1387 alumnos. Por su parte, Monroy (ob.cit: 21) citando a Manzano, menciona que para 1910, existían en Hidalgo un total de 599 escuelas públicas en el territorio estatal, con 699 maestros y 19 678 alumnos, lo que nos lleva a deducir que los alumnos hidalguenses de primaria que estaban siendo instruidos en escuelas con inspiración cristiana protestante, que no fueron contabilizados por Manzano o Monroy, representaban un respetable 7% del total de alumnos inscritos en escuelas públicas. Asimismo, cada escuela pública atendía a un promedio de 33 alumnos, mientras que las escuelas protestantes brindaban instrucción a 63 niños. Muy probablemente la diferencia del promedio radica en que las escuelas protestantes estaban ubicadas en centros urbanos.

Tipo de alumnos y maestros

Rebeca Aguirre Olivares, que fue alumna del Colegio Hijas de Allende de 1932 a 1944, como muchas de sus compañeras, provenía de una familia católica, propietaria de un rancho, que decidió inscribirla en el Colegio gracias al renombre adquirido por la institución. Aunque fue alumna externa, tuvo compañeras que vivían en el internado anexo al Colegio, ubicado en la avenida Juárez de Pachuca, que albergaba a un numeroso grupo de alumnas provenientes del interior del Estado y de otras latitudes.

Recordó con afecto el profesionalismo y dedicación de sus maestras, como la señorita Amalia González y Miss Brown en el jardín de niños; a las profesoras Manuela Vargas, Magdalena Skewes, Ruth Escorza, Micaela García y Elizabeth Saavedra en la primaria. Posteriormente, nuestra entrevistada estudió la Secundaria y Comercio en el mismo Colegio. Las clases eran impartidas con abundante material didáctico y “los niños estaban en un verdadero ambiente de aplicación y estudio”.

El maestro metodista ideal se resume en las palabras del Pastor Anastacio H. Maldonado, citado por Fuentes (1999): “El verdadero educador ha de entregar por cada uno de los seres que recibe un hombre formado física, intelectual y moralmente, un hombre en una palabra, fuerte para luchar contra las dificultades que ofrece el vivir, quien no cumple con esta sagrada misión, jamás será un educador, nunca un maestro”.

La profesora Aguirre resaltó las ceremonias de graduación y las fiestas cívicas a las que concurrían músicos, cantantes, oradores y declamadores que congregaban a un numeroso público, que incluía autoridades y personas ajenas al Colegio. Asimismo, mencionó que el uniforme escolar, consistente en blusa blanca y falda azul “tableada” era como un símbolo de que todas las alumnas eran tratadas de la misma manera: con firmeza pero también con afecto y respeto. Resaltó que durante los años que estudió en el plantel y durante los 28 años que laboró allí como docente, en el área de música, nunca existió la obligación de profesar la religión metodista y tampoco se impartían clases de religión¹.

La pedagogía metodista

El protestantismo mexicano de fines del siglo XIX (...) atacaba cualquier realidad que inhibiera el florecimiento del hombre como individuo que aunque asociado como ciudadano debería estar libre de una sociedad global corporativa (Sánchez, ob.cit.: 3).

¹ Rebeca Aguirre Olivares. Entrevista personal, celebrada el día 8 de diciembre del 2007 en Pachuca, estado de Hidalgo.

La enseñanza protestante buscaba formar un conjunto de miembros sanos vigorosos, útiles, honrados y cumplidos ciudadanos, objetivos que no variaban mucho de lo que pretendía el Estado o la Iglesia católica. Esta pedagogía implicaba un fundamento moral cuyo origen se encontraba en la naturaleza religiosa del hombre, porque la limpieza de corazón, que es el origen de la rectitud de la conducta, es el fin último y supremo de la religión cristiana.

La diferencia radica en que el protestantismo se autocalificaba como una asociación de ciudadanos libres y democráticos; trasmisor y propagador de una disidencia religiosa y crítica de las prácticas y valores dominantes, representados por la Iglesia Católica y una clase gobernante de liberales envejecidos. La escuela protestante tenía como ariete para proclamar sus ideas cívico-éticas, los festivales o reuniones en que utilizando el recurso de la literatura o la música, recalaban la exigencia de conservar o recuperar los valores más acendrados –y en cierta forma, radicales– de la reforma liberal: separación absoluta de la Iglesia y el Estado, veneración a los héroes, creación de un sentido nacionalista de la naturaleza y de la historia, ataque a la displicencia, pereza e ineficacia de autoridades y funcionarios como las formas más repelente de corrupción.

La aceptación del laicismo por parte de las escuelas protestantes fue en el sentido que le dio Justo Sierra: “Un sinónimo de neutral, nunca de antirreligioso o sectario (...) que ni combate ni niega la idea de Dios”. Su posición de condescendencia con los programas y métodos oficiales y su afán por conciliar sus teorías con las del Estado les permitió una existencia tranquila, por lo menos hasta finales de los años veinte (Bastian, citado por Torres, ob.cit.: 76 y 77).

No obstante que las doctrinas liberal y positivista se encontraban en auge y su predominio era evidente entre las clases intelectual y gobernante porfirista, las diferencias entre ambas son importantes. El liberalismo es racionalista y el positivismo es empirista. El liberalismo propugna la igualdad de los hombres, el positivismo subraya la teoría de la lucha por la vida y la supervivencia del

más apto. El liberalismo acepta el concepto de la bondad humana; el positivismo sostiene una visión del hombre neutra y pasiva. El liberalismo es esencialmente individualista, el positivismo defiende una sociedad fuerte. El liberalismo es tolerante, el positivismo cultiva el orden. El liberalismo es igualitario; el positivismo justifica las jerarquías sociales, no ya por la sangre sino por los conocimientos (Meneses et al, ob.cit.: 792).

Consideramos que estas diferencias nos pueden llevar a opinar que las escuelas metodistas fundadas a finales del siglo XIX y hasta las dos primeras décadas del siglo XX, tenían en esencia, ideas liberales en su propuesta pedagógica. Es probable que esta posición se debiera a la presencia de Pastores y educadores provenientes de Inglaterra y Estados Unidos.

CONCLUSIÓN

El Colegio Hijas de Allende, constituye un ejemplo de la necesaria confluencia de factores para que una institución educativa alcance el éxito. Ese ambiente propicio lo conformaron la modernización porfirista del país, con raíces liberales tanto ideológicas como económicas; la libertad de cultos amparada por las Leyes de Reforma, la implantación de métodos educativos modernos aplicados por profesionales de la educación e indudablemente la política de no confrontación con la autoridad educativa. El resultado fue una “adecuación” a los requerimientos de las clases medias emergentes, visible en la reputación que el Colegio disfrutó durante muchos años. Más importante aún, en el plano personal, fue el trascendente servicio educativo prestado a muchos niños y a la comunidad de Pachuca y el estado de Hidalgo.

BIBLIOGRAFÍA

- Bazant, Mílada (1993) *Historia de la educación durante el porfiriato* El Colegio de México. México.
- Fuentes B., María Eugenia (1999). “Los estudiantes del Instituto Metodista Mexicano y la Revolución Mexicana”, revista electrónica *Dimensión Antropológica*, vol. 17, octubre. Instituto Nacional de Antropología e Historia.

<http://www.dimensionantropologica.inah.gob.mx/index.php> Fecha de
consulta: 1 de marzo de 2009

- Meneses M., Ernesto *et al.* (1998) *Tendencias educativas oficiales en México 1821-1921*. Universidad Iberoamericana. México
- Monroy S., Raymundo (2001) *Una aproximación a la educación primaria en el estado de Hidalgo durante la revolución mexicana, 1910-1917*. Universidad Autónoma del estado de Hidalgo. Pachuca, México
- Rubio, Luis (2006). *Investigaciones históricas en la Dirección de Archivo e Historia de la Iglesia Metodista de México*. Ideograma, México
- Sánchez Aviña, J. Guadalupe (2002) *Educación Metodista en Puebla: 132 años de tradición*. Conferencia con motivo del 469 aniversario de la fundación de la ciudad de Puebla
- Torres Septién, Valentina (1997) *La educación privada en México 1903-1976*. Colegio de México-Universidad Iberoamericana. México.
- Vargas, Manuela A. (1941) *Anuario 1940 del Colegio Hijas de Allende* Pachuca, México.
- Vargas, Manuela A. (s/f) Mecanograma
- Velasco, Gustavo A. (1978) *Anuario 1977 de la Escuela Julián Villagrán*. Edición privada de la Escuela Julián Villagrán. Pachuca, México